



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 5

CBX 104 INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

Carbajosa Ignacio, Joaquín González Echegaray y Francisco Varo.

“El nacimiento del judaísmo rabínico”. En *La Biblia en su entorno*, 392-405. Estella: Verbo Divino, 2023.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

II. EL NACIMIENTO DEL JUDAÍSMO RABÍNICO

1. El judaísmo de Judea bajo los procuradores romanos

Desde que Roma se hizo con el control de Judea, el mundo romano fue implantándose en Palestina, haciendo alarde de su superioridad cultural y militar. Frente a esa prepotencia, los judíos fueron reafirmando en sus tradiciones y modos de vivir, que se concretaban sobre todo en un mayor cuidado en la observancia de los preceptos de la Torá, y en el esplendor del culto en el templo de Jerusalén. En esos momentos, y máxime tras la magnífica reconstrucción y ampliación llevada a cabo por Herodes, tenía una gran actividad diaria, que cobraba dimensiones excepcionales en las grandes fiestas con motivo de las peregrinaciones de judíos que desde todos los rincones llegaban en caravanas a la ciudad santa.

Ciertamente no todos estaban de acuerdo en la interpretación de la Ley, al menos en lo que se refiere a sus detalles más pequeños. Los distintos grupos activos desde la época asmonea, como fariseos, saduceos y esenios, discutían acerca del sentido de algunos preceptos y el modo de interpretarlos. En el debate interno de ese momento tampoco había unanimidad en cuestiones importantes, como eran el modo en que debía entenderse el juicio divino después de la muerte, o la creencia en la resu-

recección. Pero sí estaba viva la conciencia de la propia identidad frente a la cultura, religión y usos sociales grecorromanos.

Una de las cuestiones a las que se concedía gran importancia era la reflexión sobre las normas de pureza ritual, a las que se buscaba encontrar una justificación racional, en un contexto cultural que, cada vez más, reclamaba razones que avalasen las prácticas tradicionales.

También cobró notable importancia todo lo relativo a la prohibición de imágenes, cuestión que llegó a provocar grandes conflictos con los ejércitos romanos, que no tuvieron suficiente sensibilidad como para hacerse cargo de hasta qué punto era fuerte el impacto y la repulsión que provocaban en la población local las águilas de sus estandartes militares. La resistencia al paso de las águilas era para los judíos un modo inexcusable de manifestar su propia identidad, mientras que los romanos lo veían solo como una provocación.

Las manifestaciones religiosas tenían aspectos muy variados a la vez que confusos. Había numerosos predicadores itinerantes, que se atribuían un carácter profético y que revolvían los sentimientos de la gente anunciando una próxima intervención prodigiosa de Dios en favor de su pueblo. La expectación de lo sobrenatural y los rumores sobre taumaturgos, que circulaban tanto en ambiente helenístico como judío, estaban a la orden del día. A la vez, la literatura apocalíptica, que ya se venía desarrollando desde tiempo atrás, ampliaba el ámbito de sus adeptos y extendía sus creencias entre el pueblo llano.

Tampoco faltaban los exaltados que se autoproclamaban elegidos de Dios para llevar a cabo acciones prodigiosas. Uno de ellos fue un personaje samaritano, que en el año 35 d.C., prometió que sería capaz de hacer que apareciesen en el Garizim los utensilios sagrados del templo que estaban enterrados desde la época de Moisés, con tal de que se reuniese allí un gran concurso de gente. Logró congregarse a tal multitud que Pilato se asustó y ordenó una matanza tan desmesurada que le costó la destitución de su cargo, ordenada por Vitelio, el gobernador de Siria. Otros, como Teudas, prometieron que se les abrirían las aguas del Jordán como a Josué. Uno que se presentaba como profeta, al que llamaban el Egipcio, auguró que si se congregaba una gran muchedumbre en el Monte de los Olivos, se desplomarían las murallas de Jerusalén.

Junto con esos exaltados que anunciaban hechos portentosos no faltaban los que predecían una ruina total. Los problemas de legitimidad que arrastraba el sacerdocio del templo desde la primera mitad del siglo II a.C. inducía a proclamar su pronta destrucción para luego ser reconstruido por Dios mismo (cf. *Hen(et)* [LS] 90,28-29).

De otra parte, personajes como Juan el Bautista llamaban a la conversión ante la cercanía del reino de Dios y el inminente juicio divino: «ya está el hacha puesta junto a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego» (Mt 3,10).

A) EL TEMPLO

Las obras del templo iniciadas por Herodes el Grande siguieron avanzando después de su muerte y el grandioso monumento se iba alzando de forma imponente mientras se terminaban sus últimos detalles, ofreciendo un marco majestuoso para el culto, en el que abundaban los sacrificios.

Para el observador que llegase hasta sus muros y atrios sin conocer la religión de Israel, ese santuario tenía una notable singularidad en contraste con los templos paganos, tan frecuentes en muchos lugares del Imperio romano en esos momentos, que custodiaban imágenes de dioses para la veneración. El de Jerusalén era un templo donde no se daba culto a ninguna imagen. La estima por el único templo estaba muy ligada a la religión monoteísta de Israel, que venera a un solo Dios, trascendente, invisible e irrepresentable.

Gracias en parte a la política de los Asmoneos, y también de Herodes el Grande, Jerusalén se había convertido en el centro espiritual de todo el judaísmo, tanto del palestinese como de aquellos judíos de la diáspora que vivían dispersos en las orillas del Mediterráneo y en muchos lugares importantes del Imperio romano e incluso fuera de sus fronteras.

La propia distribución de espacios en el templo constituía una invitación a reflexionar sobre su significado religioso. Se trataba, como es sabido, de un inmenso edificio, en cuyo centro estaba la morada del Señor, a la que solo era posible llegar después de un complejo periplo a través de los diversos espacios y niveles. Al recinto más interior solo podía acceder el sumo sacerdote, y en los momentos previstos. Los que más se podían acercar a él eran los sacerdotes, que, también por la posición que ocupaban en el edificio, resultaba claro que eran mediadores entre los hombres y

Dios. Fuera del atrio de los sacerdotes estaba el atrio de los varones israelitas, e inmediatamente después el de las mujeres. Por último, al Atrio de los Gentiles todos podían entrar, independientemente de su raza o religión. Para acceder al lugar de la presencia del Señor era necesario llegar por el camino reglamentado. El acceso a lo más santo se hacía a través de unas separaciones rituales, de espacios y de niveles sucesivos.

De este modo, incluso la arquitectura expresaba la santidad tal y como se concebía en el desarrollo histórico de la tradición religiosa de Israel, como una escala de niveles separados que concurren hasta la presencia del Señor. En medio de las naciones, está un pueblo santo, Israel, que tiene en su corazón a Dios. Para acceder a él, se requieren unos mediadores, que son los sacerdotes, con el sumo sacerdote a la cabeza. La idea del pueblo de Dios, como un pueblo santo, jerárquicamente estructurado, ya presente desde los relatos del libro de los Números que hablan de la peregrinación de Israel por el desierto, quedaba gráficamente expresando incluso en la disposición de espacios y construcciones en el templo.

El templo, suntuosamente ampliado y enriquecido por Herodes, era el único lugar del mundo donde se podían ofrecer sacrificios al Señor, de acuerdo con todos los requisitos necesarios para que fueran agradables y dignos de él. Todos, menos los esenios, respetaban el culto del templo y su sacerdocio. Solo allí se lograba la expiación gracias al culto ofrecido con pureza y santidad por los sacerdotes.

Además del sumo sacerdote y la aristocracia sacerdotal, había en aquellos momentos en torno a siete mil doscientos sacerdotes. En su mayoría vivían fuera de Jerusalén y solo acudían cuando les correspondía su turno. Los turnos eran de una semana, y oficiaban cincuenta sacerdotes cada día. De entre ellos se sorteaba por la mañana y por la tarde aquel al que correspondía ofrecer el incienso en el altar correspondiente, dentro del Santo, antes del sacrificio de la mañana y después del de la tarde. El sábado se reunían los trescientos sacerdotes que componían el turno y habían oficiado esa semana en los seis días anteriores.

En todo lo que se refiere al culto, los sacerdotes eran ayudados por los levitas. Había en aquel tiempo 9.600 levitas repartidos en veinticuatro secciones. Además de ayudar a los sacerdotes, les correspondía lo relativo a la música y el canto, y la vigilancia de las puertas, junto con tareas de mantenimiento y conservación del edificio.

En el templo se ofrecían a diario varios sacrificios. Eran fijos el sacrificio matutino, poco después de la salida del sol, y el sacrificio vespertino, después del medio día. Cada mañana y cada tarde se ofrecía un holocausto en nombre todo el pueblo, pero cada día se ofrecían muchos otros a título particular, de fieles que llevaban unas víctimas para que los sacerdotes las ofrecieran.

La ofrenda de todos los sacrificios cruentos, sean de un tipo o de otro, tenía algunos elementos rituales comunes. Lo primero era la presentación de la víctima, que se llevaba bien lavada, para que los sacerdotes se cerciorasen de su integridad. Cumplido este primer requisito la víctima era llevada al atrio donde sería sacrificada. Una vez allí se tendía la víctima cerca del altar, y el oferente, después de haberse purificado las manos las imponía con fuerza sobre la cabeza del animal. Seguidamente se inmolaba la víctima degollándola y desangrándola por completo. La sangre se recogía y se derramaba al pie del altar. El rito de la efusión de sangre era fundamental. Según el adagio rabínico: «Sin efusión de sangre no hay expiación». Esto se consideraba imprescindible para que el holocausto y el sacrificio expiatorio realmente expiasen los pecados rituales. Por último, la víctima era cortada en trozos (excepto en el holocausto, que se dejaba entera) y se quemaba sobre el altar. Menos en el holocausto, en que se quemaba toda ella, en los demás sacrificios se reservaban algunos de esos trozos, bien determinados, para el consumo de los sacerdotes o de los oferentes, según los casos.

Junto con los sacrificios cruentos, eran frecuentes los ritos de oblación (*minjah*, que etimológicamente significa 'don', 'tributo'), en los que se ofrecían productos provenientes del cultivo de la tierra. La oblación era un sacrificio de tipo agrícola. Se trataba de una ofrenda de flor de harina amasada con aceite. Parte de ella se quemaba junto con incienso, y el resto quedaba a disposición de los sacerdotes.

B) LAS FIESTAS

Las principales fiestas anuales eran la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Junto a ellas, también había otras que en el siglo primero habían cobrado cierta importancia. Se trata del Día de la expiación, el Día de la dedicación y Purim. Además, en la práctica religiosa ordinaria, tenía una gran importancia la observancia del sábado y las neomenias

La Pascua (Pésaj), que se celebraba junto con la fiesta de los Ácimos, era la principal de las fiestas anuales. En la Pascua se revivía la antigua tradición acerca de la salvación del pueblo de Israel, cautivo en Egipto, cuando el ángel exterminador pasó de largo de las casas de los hebreos e hirió mortalmente solo a los primogénitos de los egipcios mientras respetaba las de los israelitas. Se celebraba el 14 de nisán (marzo-abril), es decir, el día del primer plenilunio de primavera, al atardecer. La fiesta de los Ácimos, que se festejaba a la vez, se caracterizaba por la consagración a Dios de las primicias de la nueva cosecha del año.

Además, ambas fiestas se debían celebrar, según el rito oficial entonces vigente, en Jerusalén, y comenzar la noche del 14 de nisán comiendo la cena pascual. Se prolongaban durante una semana en la que estaba prohibido comer pan con levadura e incluso mantener levadura en las casas. Los días más solemnes eran el primero y el último, así como el sábado que caía entre el 14 y el 21 de nisán. Con la asimilación de las costumbres helenísticas el banquete pascual fue tomando cada vez más un carácter festivo: se comía estando recostados, duraba varias horas, y se ajustaba a un detallado ritual.

La fiesta de las semanas (*Šebuot*), o de Pentecostés, se celebraba siete semanas después de la Fiesta de los Ácimos y tenía por objeto dar gracias a Dios por la terminación de la cosecha de cereales (trigo, centeno y cebada). Los Ácimos y Pentecostés estaban en estrecha relación, puesto que se celebraba respectivamente el comienzo y el final de la recolección de cereales con un intervalo de siete semanas. Como en Pascua, también en esta fiesta debían comparecer en el templo todos los varones del pueblo de Israel. Por esto eran muy numerosos los peregrinos que acudían a Jerusalén para la fiesta de todas partes y de todas las comunidades judías esparcidas por el mundo.

En el siglo primero esta solemnidad se había convertido en el memorial de la renovación de la Alianza del Sinaí. Se recordaba con alegría el don de la Ley y se renovaba el compromiso que supone la Alianza. El ambiente de Pentecostés era festivo y alegre. En todos los rincones de la ciudad se organizaban bulliciosos banquetes sagrados en los que tomaba parte toda la familia, con amigos y huéspedes.

La fiesta de los Tabernáculos (*Sukkot*) era la tercera de las grandes solemnidades del año. Todos los varones israelitas debían presentar-

se en el templo de Jerusalén, también en estas jornadas, para celebrar que habían terminado felizmente la recolección de todos los productos agrícolas. La fiesta tenía lugar del 15 al 22 del mes de Tišré (septiembre-octubre), en las primeras semanas del otoño. Eran días de regocijo y de acción de gracias por los frutos de la tierra que Dios había dado al pueblo de Israel.

El nombre de esta solemnidad tiene su origen en los tabernáculos, tiendas, cabañas o chozas, que los israelitas acostumbraban a levantar en los campos y en las viñas para habitar en ellas durante la temporada de recolección. Con el paso del tiempo se dio a este hecho una significación histórica y religiosa: las tiendas conmemoraban los años en los que los hebreos habitaron como nómadas durante su peregrinación por el desierto. A lo largo de los siete días que duraba la fiesta, solían vivir acampados.

En cuanto a las acciones simbólicas propias de esta fiesta de los Tabernáculos, se puede mencionar que en Jerusalén, cada uno de los ocho días festivos, el sumo sacerdote rociaba el altar de los holocaustos con una gran copa de agua traída de la piscina de Siloé, para recordar el agua que brotó milagrosamente en el desierto y para pedir a Dios el don de la lluvia. Otra costumbre de esta fiesta consistía en que la noche del primer día se iluminaba el atrio de las mujeres con cuatro enormes lámparas, cuya claridad reverberaba por toda Jerusalén, en recuerdo de la nube luminosa del Éxodo.

El Día de la expiación (Yom Kippur) se celebra el día 10 del mes de Tišré (septiembre-octubre). Se prescribía un ayuno riguroso y la abstención de toda clase de trabajos manuales. La fiesta tenía por finalidad borrar todos los pecados de la nación, incluidos los de los sacerdotes y los príncipes del pueblo, así como expiar las faltas e impurezas que los sacrificios ordinarios no habían podido cancelar. Servía también para purificar el santuario de toda contaminación que el contacto con los hombres pecadores pudiera haber producido. En el templo actuaba solamente el sumo sacerdote. Era el único día del año en que podía entrar en el «Santo de los santos».

En esa ocasión el sumo sacerdote comenzaba por sacrificar un novillo por sus pecados personales y por los pecados del linaje sacerdotal. Entraba a continuación en el «Santo de los santos», donde, en los tiempos

antiguos, tenía especial importancia la aspersion del propiciatorio con la sangre del animal sacrificado. Salía luego para una nueva ceremonia: de entre dos machos cabríos se escogía a suertes uno, que se sacrificaba por los pecados del pueblo. El sumo sacerdote volvía a entrar con la sangre de este animal en el «Santo de los santos», y hacía una nueva aspersion. Luego, con la sangre del novillo y del macho cabrío sacrificado, ungía el altar de los holocaustos.

Después de haber salido del templo, el sumo sacerdote imponía las manos sobre la cabeza del otro macho cabrío, que no había sido sacrificado, indicando con ello que cargaba sobre él todos los pecados y faltas, voluntarios e involuntarios, de los israelitas. Este animal era llevado al desierto, donde quedaba abandonado. La celebración continuaba luego con algunas lecturas bíblicas relativas a la fiesta y la recitación de varias oraciones. El Sumo sacerdote, poniéndose las vestiduras sacerdotales solemnes, sacrificaba otros dos carneros en holocausto –uno por él y otro por el pueblo– y realizaba el resto de los sacrificios acostumbrados, despidiendo finalmente al pueblo con una bendición.

El Día de la Expiación era el día en que Israel se reconciliaba con Dios. Devolvía al pueblo hebreo el carácter de pueblo santo, mediante el perdón de todo lo que podía separarlo de su Dios, de todos los pecados que habían sido cometidos durante el año y habían quedado sin reparación.

Menor importancia tenían otras fiestas, aunque gozaban del favor popular por su carácter entrañable y alegre. Entre ellas cabe destacar la fiesta de la Dedicación (*Hanukká*) que conmemoraba el día en que Judas Macabeo purificó el templo de Jerusalén (en el año 164 a.C.), que había sido profanado tres años antes. El mismo Judas estableció que todos los años, el 25 del mes de Kislew (en torno a diciembre), se celebraran las efemérides del gran acontecimiento. En el siglo primero se le daba también el nombre griego de fiesta de las Encenias (*enkainia* = inauguración). Ese día se ofrecían sacrificios en el templo y se organizaban procesiones en las que se cantaban himnos y salmos. Se encendían muchas luces para iluminar el templo, las sinagogas y las casas, por lo que fue llamada también «fiesta de las luces».

También era muy popular la fiesta de Purim, que se celebraba los días 14 y 15 del mes de Adar (febrero-marzo). Era precedida de un ayuno el

día 13. En ella se recordaba que Dios había librado a su pueblo cuando se encontraba en situaciones muy difíciles. Para actualizar esa enseñanza se leía en las sinagogas el libro de Ester que narra la liberación de los judíos que vivían en Persia de las manos de su enemigo Amán, ministro del rey Asuero, gracias a Ester y Mardoqueo. El nombre de la fiesta responde al modo en que Amán había establecido el día de la matanza de los judíos: lo había echado a suertes entre varios meses. La palabra hebrea *purim* significa precisamente 'suertes'.

Una mención especial entre los días señalados merece la celebración del «Sábado», día santo, consagrado al Señor en el que se conmemoraba la Alianza de Dios con su pueblo y la misma creación. Se festejaba con gozo, y en él era obligado descansar de todo tipo de trabajos. Su observancia constituía, desde siglos atrás, una manifestación de la santidad del pueblo elegido y testimonio patente a todos de su propia identidad. Desde las últimas horas de la víspera se encendía la candela del sábado, se mudaban las ropas ordinarias por otras de mayor calidad, y toda la familia se disponía con gozo para la celebración. El descanso sabático no es el descanso del perezoso que no quiere trabajar, sino el de quien se alegra en la contemplación de la tarea realizada tras un trabajo intenso, a imitación del Señor que descansó después de la obra de la Creación del mundo.

El sábado la actividad cultural en el templo era más intensa, pues a los sacrificios cotidianos se añadía el sacrificio de dos corderos, junto con una ofrenda. También tenía un reflejo en la actividad cultural periódica del templo la celebración de la neomenia o día de luna nueva era el primer día del mes, teniendo en cuenta que en Israel se sigue un calendario lunar. Estaba mandado que ese día hubiera un solemne holocausto de toros y carneros, junto con un sacrificio por el pecado. Era un día dedicado a alabar el nombre de Dios y a agradecer los beneficios divinos.

2. La asamblea de Yabné y sus consecuencias

La catástrofe del año 70 tuvo notables consecuencias en la historia del judaísmo. De los dos grandes pilares de la propia identidad religiosa, el santuario con sus sacrificios y el cumplimiento de la Ley, tras la destrucción del templo solo quedaría firme la Torá. Los fariseos que, ya en los

años inmediatamente anteriores, habían ido marcando distancias con el sacerdocio, insistiendo más en la interiorización de la Ley y en su práctica individual, asumirían el protagonismo en la nueva etapa que se abría dando lugar a lo que se ha llamado el judaísmo rabínico.

Tras el asedio de Jerusalén y la posterior destrucción de la ciudad y de su templo por parte de las tropas romanas al mando de Tito en el año 70, la vida judía se reestructuraría desde Yabné, en la costa mediterránea. Allí se establecieron, en torno al maestro fariseo Yojanán ben Zakkay, los sabios que pusieron los fundamentos para un judaísmo desprovisto de templo.

Al principio, a la espera de cómo se desarrollasen los acontecimientos en un futuro inmediato, el objetivo de los sabios de Yabné fue proporcionar una mínima base legal para normalizar la vida judía, en la medida de lo posible, en esos momentos de incertidumbre provocada por la catástrofe. Se trataba de rellenar el vacío que se había producido, realizando los cambios estrictamente necesarios. A la vez se puso especial cuidado en conservar y fijar las normas legales que afectaban a cuestiones relativas al templo, imprescindibles para su buen funcionamiento cuando fuese reconstruido, ya que aún se conservaban las esperanzas de que esto fuera posible en un futuro no muy lejano.

A) LA SINAGOGA

En ese contexto cobrarían un especial protagonismo las sinagogas. Se trata de una institución con raigambre de siglos y que ya funcionaba en muchos lugares. Incluso antes del año 70, cuando el protagonismo correspondía al templo, la necesidad de lugares donde recibir la instrucción o escuchar la lectura de los libros sagrados había propiciado la proliferación de sinagogas, también en Jerusalén, donde estaba el templo. Pero mientras el santuario era un lugar solemne en el que las funciones culturales estaban restringidas a los sacerdotes, las sinagogas eran entonces recintos privados que sus propietarios ponían al servicio de la comunidad para que sirvieran como lugares de reunión.

En el siglo I había numerosas sinagogas tanto en Palestina como en las ciudades del Imperio donde vivía una comunidad judía. Allí se reunían, especialmente los sábados y fiestas, para escuchar la lectura de los textos proféticos y de la Ley, y ser instruidos en su cumplimiento mediante la

predicación de los maestros de la Ley. Los predicadores tenían una gran influencia en el pueblo, pues ayudaban a interiorizar la piedad y a que las enseñanzas de la Torá se plasmaran en las costumbres de los hogares y de las familias.

Las sinagogas no eran lugares de culto como el templo, sino de reunión, a donde se acudía para escuchar la lectura de la Biblia, recibir instrucción religiosa y orar. Y a partir de la destrucción del templo en el año 70 se convirtieron en el centro de la vida religiosa del pueblo judío.

Las excavaciones arqueológicas apenas proporcionan información sobre las sinagogas anteriores a la primera revuelta judía contra Roma, ya que muchas de ellas fueron incendiadas y destruidas, y sobre sus ruinas se edificaron otras que son aquellas cuyos vestigios se pueden contemplar ahora. Solían ser edificios de planta rectangular sin ábside, con hileras de columnas en su interior, y bancos corridos adosados a las paredes. En muchas de las sinagogas de Judea y Galilea la entrada miraba en dirección a Jerusalén, y en la pared de la fachada, por dentro, había un estrado y unas hornacinas donde se guardaba los libros sagrados. En las reuniones, los asistentes se situaban de cara a ese muro de la entrada donde estaba el estrado y desde él que se leía y explicaba la Escritura.

En la liturgia sinagoga de los sábados lo más importante era la lectura de la Torá (o Pentateuco), que era continua, de modo que se leía completa en un ciclo trienal. Cada pasaje de la Torá llevaba asociada una *haftarah* o lectura profética que tenía alguna relación con el texto de la Torá que correspondiera leer esa semana. La lectura se hacía en hebreo y después se traducía al arameo intercalando, si era preciso, algunas paráfrasis que ayudasen a comprender el texto. Tanto la lectura como la explicación de los textos leídos se podían encomendar a alguno de los asistentes que estuviese capacitado para realizarla. Esto se hacía sobre todo si asistía algún forastero ilustre a la reunión.

B) LOS MAESTROS TANNAÍTAS

Durante la revuelta de Bar Kokhba se intentó recuperar la soberanía nacional y reconstruir el templo, pero su trágico final en el 135 d.C. supondría el fin de la esperanza en una pronta restauración del culto en

el santuario, y propiciaría que la renovación del judaísmo se plantease exclusivamente en torno a la Torá. Los maestros exhortaron al estudio de la Torá, elevada al rango de elemento sustitutivo del templo y de su culto. Si hasta ese momento ya había una cierta tradición interpretativa para su puesta en práctica en la vida real, esto es, de estudio de la *halakah*, a partir de ese momento la elaboración de la *halakah* pasó a ser la más alta ocupación posible, tan importante como lo había sido en su momento el cuidar el esplendor de los sacrificios ofrecidos en el santuario. En estas circunstancias, la sinagoga, institución que remontaba sus orígenes a una situación de exilio y estaba ligada a una práctica judía sin templo, asumiría una nueva importancia. Las sinagogas, con sus servicios diarios y sabáticos, y con las escuelas anejas, constituirán un excelente soporte para el imperio de la Torá.

Lo más importante pasó a ser, pues, el estudio de la Ley, y en torno a ella se establecería una nueva jerarquía rabínica destinada a custodiarla e interpretarla. Los rabinos se presentaban como depositarios de la Ley recibida por Moisés en su doble vertiente. Según explicaban, Dios entregó a Moisés la Torá, que es la Ley escrita, y a la vez Moisés recibió una explicación detenida acerca de cómo debía ser aplicada esa Ley, que constituye lo que se conoce como «Torá oral» o *Torah she-be-al-pe*. La Torá escrita, siempre de acuerdo con esa tradición, se conservó en el Arca de la Alianza para que sirviera de testimonio a las generaciones futuras, mientras que la Torá oral no fue escrita por Moisés, sino enseñada de palabra a los setenta sabios de su generación, que a su vez la enseñaron al pueblo. Moisés confió a Josué la tarea de transmitir la Torá oral a sus sucesores. Este la entregó a Pinjás y los sabios de la época de los Jueces. Así fue transmitiéndose de unos a otros hasta Esdras el escriba, el cual constituyó una Gran Sinagoga de ciento veinte sabios, que más tarde fue reemplazada por una institución análoga llamada Sanedrín. El último sabio de esa Gran Sinagoga fue Simón el Justo. La «Torá oral», de la que los rabinos se consideran depositarios, se considera, pues, a la misma altura y con la misma antigüedad que la Torá escrita, por lo que se le otorga un rango eminente que le permite solventar los problemas, contradicciones o lagunas que puedan observarse en el texto escrito. A los maestros que son herederos de lo recibido de la Gran Sinagoga se les conoce como los *tannaim* o *tannaítas*. La palabra deriva del tér-

mino arameo *tanna* («repetir, transmitir, enseñar, aprender»). Son aquellos maestros de reconocida autoridad cuya enseñanza fue transmitida de unos a otros por repetición.

En esta época, el título de *Rabbi* se usa para denominar al estudioso de la Torá, al sabio. La condición de rabino se alcanza tras haber cursado estudios en una academia, o después de haber convivido largamente y haber sido formado por un maestro de reconocido prestigio. Después del periodo de formación, el estudiante recibía la *semikah* (imposición de manos) que le reconocía los conocimientos y capacidad suficientes para tener discípulos, así como para intervenir en discusiones sobre los puntos concretos más oscuros o difíciles de la Ley. A la vez debía acomodar su vida a la Torá, de modo que sirviese de ejemplo para todos.

Ley y vida, son dos elementos esenciales que irán configurando el judaísmo. De una parte, el imperio de la Torá. A la vez, e inseparablemente, el ideal de transmitir el ideal de pureza y santidad tal y como están establecidos en la Ley a todas las situaciones de la vida cotidiana.

En torno a estas ideas fundamentales, en el judaísmo se irían tomando algunas medidas importantes. Una de ellas fue la determinación del canon bíblico. En realidad el proceso de canonización había comenzado de modo natural varios siglos antes. La estructuración de los libros en tres grandes grupos (Ley, profetas y escritos) ya estaba establecida en el siglo II a.C., pero aún había algunos libros –como el Cantar de los Cantares o Ester– que planteaban dificultades en lo que se refiere a su encuadramiento en uno de esos grupos, o incluso acerca de su propia inclusión en el canon. El estatuto de esos dos libros fue largamente debatido hasta que finalmente se admitió su canonicidad.

Otra medida importante fue la determinación de la nueva liturgia de las fiestas. Se insistió de modo especial en la celebración de la Pascua, debidamente adecuada a las circunstancias. Si antes de la destrucción del templo era muy importante el sacrificio del cordero pascual, en el que participaba toda la familia, ahora en la reunión familiar el protagonismo correspondía al Séder de Pésaj, que fue creado en esos momentos. También se compusieron rituales, con lecturas propias, para fiestas como el Roš ha-šana (año nuevo) o el Yom Kippur (día de la expiación) que hasta entonces no habían tenido particular relevancia en las comunidades judías fuera de Jerusalén.

Con el paso del tiempo, se suscitó primero y se intensificó después el debate acerca de si la «Torá oral» debía ponerse por escrito o no. Las deliberaciones se prolongaron hasta comienzos del siglo III d.C. cuando Rabbí Yehudá ha-Nasí tomó una decisión que habría de tener gran trascendencia en el judaísmo posterior. Ante el temor de que el sistema de transmisión de la Torá oral, con el paso del tiempo, la dispersión y la presión de las persecuciones sobre los judíos pudiera ocasionar el olvido de algunos preceptos, optó por recopilar y poner por escrito el conjunto de disposiciones recibidas gracias a la enseñanza oral de sus antecesores. De este modo se compuso un código escrito, que se conoce como la «Mišnah», y al que a partir de entonces se le reconoce un valor normativo para todo Israel.

Junto a esto, otra característica importante del judaísmo rabínico naciente fue la potenciación del exclusivismo, entendido como voluntad de cerrarse ante el mundo y evitar el proselitismo. Se trata de un rasgo encaminado a salvaguardar la propia identidad en un contexto de inevitable diáspora como el que se estaba comenzando a vivir.

C) LA EXCLUSIÓN PROGRESIVA DE LOS JUDEOCRISTIANOS HASTA LA RUPTURA DEFINITIVA

Los grupos político-religiosos activos entre los judíos hasta la caída de Jerusalén en el año 70 y, sobre todo, tras el gran desastre del 135, fueron desapareciendo progresivamente, tanto por decaimiento de sus seguidores como por una cierta censura impuesta desde los ambientes fariseos de Yabné, que quisieron unificar al pueblo en esos momentos difíciles, procurando evitar así cualquier forma de división, que podría ser muy peligrosa para la propia supervivencia de la sociedad judía. Solo quien acataba las normas de los sabios fariseos podía sentirse plenamente integrado en la comunidad. En todos los ámbitos la *halakah* rabínica, presentada como expresión normativa de la «Torá oral», reclamaba ser asumida como legítima ley de Israel. Todos los grupos que hasta entonces habían tenido sus propias interpretaciones de la Ley, incluidos los cristianos, iban quedando al margen del judaísmo común.

Una medida que sin duda influyó en esa marginación fue la inclusión de la *Birkat ha-minim* (la bendición de los heréticos) —que en